

# **CRIATURAS DEL AZAR**

Lula Carballo

**Niña**

Las mujeres de mi entorno no sacan la basura. La amontonan, la dejan pudrirse y veces la queman. Yo me paso el tiempo errando entre los residuos porque no tengo mucho más para hacer. Me ahogo inhalando las cenizas del ritual semanal. Busco tesoros. Una rata, sale de una bolsa de basura rota. Salto. Pego un grito. Me da dolor de espalda. Y sigo mi búsqueda mientras el humo permanece suspendido en el aire.

Soy una criatura de pelo enredado, uñas sucias, dientes careados y vientre vacío. También soy arqueóloga. Desentierro trocitos de vidrios rotos y los escondo en mi cuarto.

En el jardín hay plantas trepadoras, girasoles, malas hierbas y alambres de púa. Un corredor estrecho une seis casas. La primera casa está deshabitada, vacía, abandonada. Dicen que pertenece al dueño del terreno, un tío de mi madre. Yo no lo conozco, nunca lo vi. Usa ese lugar simplemente para amontonar aparatos viejos: televisores, radios, aspiradoras. Todos los objetos están rotos y mugrientos. La puerta está siempre cerrada con candado, a mí me gusta asomar la nariz contra la ventana para ver el interior. Para aburrirme menos. Para dejar pasar el tiempo.

La segunda casa, minúscula, es la de Regina, mi abuela. Al entrar, tres pasos hacia la derecha nos llevan directamente al baño y con dos más llegamos a su habitación. Fin de la visita guiada. La nuestra es enorme comparada con la de mi abuela: comedor, cocina, baño y dos habitaciones espaciales. Un plástico rosado con flores blancas recubre el cielorraso de mi cuarto. El trote de los ratones interrumpe mis sueños por las noches.

La cuarta casa es de Yazira, una tía de mi madre. Vive con su hija Milita-Militar y sus nietos sin nombre. Yazira no habla con nadie, salvo cuando nos larga su sarta de disparates.

Otra tía de mi madre vive en la quinta casa: la vieja junta muebles rotos y electrodomésticos que recupera en los tachos de basura. Cuando la visito, suele escabullirse como un roedor entre los objetos.

La última casa, muy pequeña, pero no tan minúscula como la de mi abuela, está ocupada por una prima de mi madre que vive con su hija Chinchin, una de mis mejores amigas.

El día la gran fogata, nos reunimos todas alrededor de la montaña de basura. Excepto Yazira, que quema sus porquerías cuando a ella se le antoja.

A la hora de la siesta, tengo estrictamente prohibido, a pedido explícito de mi madre, romper el silencio. Debo caminar en puntitas de pie y planear juegos alternativos en caso de aburrimiento extremo. Mientras practico mis escenas de actuación, evito replicar en voz alta frente al espejo y mantengo siempre un vaso de leche cerca para calmar mi sed. Integro los ronquidos de mi madre a la ambientación sonora de mis historias. Si, por inadvertencia se me cae un juguete, mi madre me grita, me insulta, se da vuelta y sigue roncando.

Para evitar que se levante y me pegue un chancletazo, salgo al corredor, las hormigas avanzan en fila. Las sigo hasta el hormiguero y las ahogo con agua jabonosa. Las sobrevivientes construyen un nuevo hábitad. Yo vuelvo a la rutina del silencio forzado.

Treparme a los árboles es un pacto que tengo con mis heridas. Me dejo caer de las ramas más altas. Observo mis rasguños, arranco las cascaritas que recubren las heridas de mis piernas. Gotitas de sangre recorren mis pantorrillas. Me gusta comerme las cascaritas. Son saladas. Aunque a veces las escupo en el piso.

Con las rodillas llenas de cicatrices, exhibo orgullosamente mis batallas perdidas contra la naturaleza.

Los dientes de ajo matan los parásitos que viven en mi panza. Mi madre me sostiene boca abajo entre sus muslos y verifica la presencia de lombrices blancas entre mis nalgas.

Cuando juego en el jardín, me gusta saborear la baba de los caracoles y comer cucarachas. Me acuesto en la cucha de mi perro sin raza. Reviento, con piedras puntiagudas, las garrapatas que se aferran a su pelaje. Las manchas rojas salpican el suelo y las formas que se impregnan en el asfalto parecen una pintura abstracta.

Mi vientre alberga una serpiente solitaria. Yo la alimento con tierra húmeda porque siempre está hambrienta.

Acaricio a Sol, mi conejo muerto y le hablo en una lengua inventada. Mi madre dice que murió de viejo. Yo creo que murió porque le hice cenar hojas de sauce llorón. Ahora, sé que existen plantas asesinas en mi jardín.

Mientras me balanceo en la hamaca cubierta de tierra, planifico el sepelio de mi conejo.

Cubro mi cabello con un mantel de encaje. Deposito un dibujo sobre su tumba. La hoja se vuela con el viento. Una estrella parpadea a plena luz del día. Una nube la oculta. Es una señal de perdón de mi Sol muerto.

De no ser porque me gusta estirarlos, los tajitos se curarían. Pero yo los forcejeo, separo los dedos de mis pies y soplo para calmar el ardor. Los hongos se expanden. El único remedio que he encontrado para sanar mis pies enfermos es la yerba. Los dedos de mis pies toman mate todas las noches. Pongo yerba entre los tajos, me calzo un par de medias gruesas y dejo que la mezcla trabaje durante la noche.

Por la mañana, mis pies tienen olor a humedad. Mis dedos están verdes y casi curados.

El tacho de jabón en polvo está guardado abajo del fogón de la cocina. Con sumo cuidado, vierto minúsculos gránulos azules sobre la palma de mi mano e inhalo con fuerza. El polvo penetra mis vías nasales y me hace estornudar incesantemente. Se me saltan los mocos y las lágrimas de la risa.

Nadie me ve, siempre espero que mi madre se vaya al almacén para abocarme a mis placeres domésticos.

Las vegetaciones me impiden respirar. Una planta carnívora habita en mi garganta. Pronto, los doctores cortarán los tallos que remontan por mis oídos y mi nariz. Dicen que después de la cirugía, podré escuchar y hablar mejor.

Antes de dormir, mi madre me introduce gotas en la nariz. El remedio es marrón. No tengo que moverme porque si me muevo, el líquido mancha las sábanas y mi madre empieza a gritar. Con la cabeza hacia atrás, expongo mi nariz hacia el techo, mi madre intenta introducir las gotas. El líquido fluye en mi vía respiratoria y llega a la parte posterior de mi garganta. La planta carnívora tiene náuseas. Quiere escupir el remedio, pero yo la retengo. Lloro, trago todo a la fuerza. Mi madre me da un vaso de agua y yo me duermo, agotada.

La enfermera me pregunta si prefiero que me pinchen la mano con una aguja gigante o inflar un globo negro. Inhalo, me duermo. Al despertar, el sabor de la anestesia me desespera. Pido ayuda. Me llevan a mi habitación. Escupo sangre, pero respiro mejor. Cuando salgo del hospital, olvido mi par de zapatos nuevos en el hospital.

Mi madre sale a hacer las compras, me deja sentada en el comedor y me prohíbe moverme. Su ausencia se eterniza, necesito ir al baño. Pero tengo miedo de desmayarme si me levanto. Grito para que mi madre regrese. Las ganas aumentan. Cuando por fin vuelve ya es demasiado tarde. Yo la recibo, meada y llorando.

Giran, giran la cocina, las sillas, las cortinas, el fregadero, el piso, la puerta, la radio, la heladera, las estanterías, los platos secándose en el escurridor.

Me detengo. Todo sigue girando a mi alrededor.

Inmóvil en el medio de la cocina. Las sillas, el fogón, las cortinas giran. Rápido. Giran también el piso, la radio y la heladera vacía.

Me caigo.

Pongo una toalla vieja sobre la mesa de la cocina, enchufo la plancha y ajusto la temperatura al máximo. Me acerco a la mesa, apoyo la cabeza sobre la toalla y presiono fuerte la plancha sobre mi cabello para alisarlo. Repito el procedimiento. Mi pelo queda todo pegajoso y rígido. Intento peinarlo, pero al contacto con el peine, la estática me da descargas eléctricas en el cuero cabelludo. Si me ve mi madre, me mata.

Regina le dio la muñeca a mi madre para que ella le encuentre un buen escondite. Descubrí mi regalo tan pronto como estuve sola en casa. Porque yo tengo un talento muy fino para detectar nuevos objetos a mi alrededor. Hay que decir que madre no fue muy astuta, escondió la muñeca debajo de la fila de ropa de invierno en el ropero.

Durante una semana, visité mi regalo en secreto. Abrí la caja para acariciar el vestido de lentejuelas de mi muñeca. Unos alambres de metal le sostenían el cuello y las piernas, y aunque lo intenté de todas las formas habidas y por haber me fue imposible sacarla. El día antes de mi cumpleaños, practiqué muecas de asombro frente al espejo. Mi abuela no debía sospechar el descubierto prematuro de mi regalo. De ser así, habría sido capaz de confiscármelo.

Mi entrenamiento facial valió la pena. El día de mi cumpleaños, me sentí tan feliz de poder jugar con mi muñeca que rompí el papel de regalo y grité de alegría. Decidí llamarla Lolly Patsy, se la mostré a Regina y a mi madre, y salí corriendo hacia mi cuarto para jugar tranquila.

La botellita de colorante se escabulló entre mis manos y la tinta comestible de Lolly Patsy se derramó en el piso. Fui corriendo al cuarto a buscar la bata de felpa de mi madre y la usé para secar el pelo teñido de mi muñeca. Durante el día, noté que el elegante atuendo ganado con el sudor de las comisiones de las ventas de Avon estaba manchado. Un gran halo amarillo detonaba sobre la tela blanca. Traté de hacerlo desaparecer, frotándolo, mojándolo, pero apenas logré palidecer el desastre. Para que mi madre no sospeche de nada, suspendí la bata de manera estratégica. Ella la usa solamente de noche para cubrirse cuando se levanta para ir al baño. La oscuridad jugaría a mi favor. El día del lavado de ropa, mi madre empezó a gritar como una loca. Me acerqué lentamente y la oí decir: "¿Usaste la plancha sobre mi bata y la quemaste? ¡Guacha de mierda, te voy a matar! "

Aunque no tenía razón, adopté su versión de los hechos.